

CENTRAL
AHC
021-665
C.2

C.2

ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

"J.M. KEYNES A CIEN AÑOS DE SU
NACIMIENTO".

Oscar Muñoz G.; Patricio Meller;
Jorge Leiva L.; Aníbal Pinto.

Santiago, Junio 1983.

P R E S E N T A C I O N

Con motivo de cumplirse el centenario del nacimiento del economista británico John Maynard Keynes, el Círculo de Economía organizó un panel para destacar distintos aspectos de la obra de Keynes. Este panel se llevó a cabo en el Salón de Actos del Colegio de Ingenieros el día 21 de junio de 1983 y contó con la participación de los economistas Jorge Leiva, Patricio Meller, Oscar Muñoz y Aníbal Pinto.

Este documento contiene las exposiciones referidas, en el orden en que fueron presentadas.

Círculo de Economía

I N D I C E

El humanismo de Keynes y la política económica.	
Oscar Muñoz G.	1.-
Algunos elementos centrales de la revolución teórica keynesiana.	
Patricio Meller.	7.-
Keynes, keynesianos y post-keynesianos.	
Jorge Leiva L.	15.-
Una nota sobre Keynes y el keynesianismo en Chile.	
Aníbal Pinto.	21.-

FE DE ERRATAS

Página 22.

Párrafo 5° - Línea 8.

DICE: ...1935 ya se había logrado absorber el grueso de la cesantía de la contracción...

DEBE DECIR: ...1935 ya se había logrado absorber el grueso de la cesantía derivada de la contracción...

EL HUMANISMO DE KEYNES Y LA POLITICA ECONOMICA

Oscar Muñoz G.

El Círculo de Economía de la Academia de Humanismo Cristiano ha querido conmemorar el centenario del nacimiento de John Maynard Keynes, en el convencimiento de que la trascendencia y relevancia de su obra no sólo han sido determinantes en muchos aspectos de la evolución económica y política de las economías occidentales a lo largo de los últimos 50 años, sino que aun en el presente sus ideas pueden ser tremendamente iluminadoras frente a la magnitud de la crisis que se está viviendo.

De Keynes se ha dicho que fue el civil que más contribuyó al triunfo de los países aliados en la Primera Guerra Mundial, a través del hábil manejo de las finanzas públicas inglesas. Hombre de talentos múltiples, es mundialmente conocido por su aporte a la teoría macroeconómica, que ha sido con justicia calificado de revolucionario. Sin embargo, destacó en todas las dimensiones de la vida humana e intelectual. Fue un brillante alumno en Eaton y en Cambridge, con una enorme confianza y seguridad en sí mismo. Cuando tuvo que rendir exámenes para ingresar a la administración pública de Inglaterra, la nota más baja la obtuvo en el examen de economía. "Probablemente los examinadores sabían menos que yo", les comentaría después a sus amigos. Llegó a ser un hombre público con estatura de estadista y diplomático en asuntos internacionales; sin embargo, también fue un fanático de los negocios, de la especulación y del riesgo: acumuló una fortuna estimada en 500 mil libras esterlinas, no sin antes haber estado a punto de ir a la bancarrota y perder incluso sus libros y obras de arte. Como académico e intelectual, enseñó economía en Cambridge, fue un activo participante en el grupo de Bloomsbury y escribió numerosos libros y cientos de artículos periodísticos, con la pasión del hombre que se compromete con los problemas más apremiantes de su tiempo. Y como si lo anterior fuera poco, desarrolló una gran sensibilidad artística por la pintura, la música, el teatro. Su esposa era una bailarina rusa y él mismo formó y dirigió un teatro.

Pero, si se escudriña un poco más a fondo esta rica y variada personalidad, no cabe duda que su gran pasión y máxima aspiración fue contribuir con sus ideas a la construcción de un capitalismo viable y más humano. La enorme trascendencia de su obra principal, la Teoría general del empleo, interés y dinero ha tendido a opacar sus otras contribuciones que se extendieron a lo largo de un cuarto de siglo. Creemos que muchas de éstas mantienen su vigencia como orientaciones centrales para enfrentar muchos de los problemas que hoy aquejan tanto a las economías desarrolladas como a las nuestras.

En el breve tiempo de que disponemos quisiéramos hacer referencias tan sólo a tres cuestiones de las muchas a las que se abocó: nos referimos al problema de las indemnizaciones alemanas después de la primera guerra mundial, al problema de las relaciones entre el mercado y el Estado y a la visión sobre el futuro del capitalismo. En cada uno de estos temas, va quedando en evidencia un humanista profundo: más que la ortodoxia técnica, cuando Keynes enfrenta la realidad le preocupa la preservación y construcción de una sociedad humana, digna y civilizada como diría él mismo.

Nada trata mejor su propia filosofía de la vida que la definición que propone sobre el papel del economista:

"El estudio de la economía no parece requerir condiciones especiales de muy alto nivel. ¿Acaso no es, intelectualmente hablando, una materia muy fácil en comparación con las ramas superiores de la filosofía o de la ciencia pura? ¡Pero es un tema fácil en el cual muy pocos alcanzan la excelencia! La paradoja encuentra su explicación, quizás, en el hecho de que el buen economista debe poseer una rara combinación de talentos. Debe ser un matemático, historiador, estadista, filósofo -en algún grado. Debe entender los símbolos y hablar con palabras. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y lo concreto al vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con miras al futuro. Ningún componente de la naturaleza humana o de las instituciones puede quedar fuera de su atención. Debe ser intencional pero desinteresado al mismo tiempo; tan elevado e incorruptible como un artista y sin embargo, tan cerca de la tierra como un político". (Citado por Robert L. Heilbroner, The Wordly Philosophers, Touchstone Book, 1972, p. 277).

El problema básico que surgió al término de la Primera Guerra Mundial fue la imposición a Alemania por parte de los países aliados, del pago de indemnizaciones o reparaciones por los daños originados durante la guerra. Mientras se discutía el tratado de paz, Keynes percibió que se estaba imponiendo una condición que sería imposible de cumplir por parte de la nación vencida, y que aun si ésta intentara cumplirla, ello llevaría a consecuencias imprevisibles por las penurias económicas a que serían sometidas muchas generaciones de la población alemana. Esa no era una condición para la paz. Preso de una gran angustia y en el convencimiento de que el tema debía debatirse ampliamente, en dos meses escribe uno de sus primeros libros y que lo hará internacionalmente conocido: Consecuencias económicas de la paz.

Yendo contra la opinión mayoritaria prevaleciente, argumenta que no se debía exigir a Alemania el pago de las reparaciones, ya que los montos demandados estaban más allá de las posibilidades prácticas de un país destrozado por la guerra. Si de todos modos Alemania intentara pagar esa deuda, se vería forzada a generar un excedente de exportaciones que restringiría por un tiempo excesivamente largo el nivel de vida de la población, prolongando frustraciones, hambre y pobreza en una nación que, por otra parte, era vital para la paz en Europa.

Algunos párrafos de este libro son elocuentes de su posición:

"La tarea de la Conferencia de Paz era hacer cumplir los compromisos y satisfacer los requisitos de la justicia; pero, no menos importante era restablecer la vida y sanar las heridas. Estas tareas las dictaba tanto la prudencia como la magnanimidad obtenidas de una

sabiduría forjada en victorias desde la antigüedad".

"La política de reducir a Alemania a la servidumbre por una generación, de degradar las vidas de millones de seres humanos y de privar a una nación entera del bienestar debería ser aborrecida y detestable -aun si ella no fuera causa de la decadencia de toda vida civilizada en Europa".

Para darle aun más fuerza a sus argumentos, se atrevió a hacer una predicción, trágicamente comprobada:

"Si intentamos deliberadamente el empobrecimiento de Europa Central, la venganza, me atrevo a predecir, no será débil. Nada puede entonces, detener por mucho tiempo aquella guerra civil entre las fuerzas de la Reacción y las desesperadas convulsiones de la Revolución, ante la cual los horrores de la última guerra alemana no serán nada, y la cual destruirá, quienquiera sea el victorioso, la civilización y el progreso de nuestra generación".

Sus argumentos resultaron proféticos, ya que, no habiendo sido escuchados, se optó por la imposición de esos pagos durante algunos años, hasta que a la postre se produjo una situación económica insostenible en Alemania que obligó a la revisión del tratado de paz. Pero en el intertanto, se perdieron varios años y se acumularon las tensiones.

La preocupación permanente de Keynes es cómo compatibilizar el interés individual con el interés general. Aunque su formación académica proviene de la escuela neo-clásica de Alfred Marshall, que preconiza las virtudes de la economía de libre mercado y de los ajustes espontáneos a través de los precios, Keynes observa que los mercados no garantizan por sí solos la convergencia entre intereses individuales y generales. Aunque esta percepción de la realidad lo llevaba a asumir una actitud pragmática que solía chocar con las recomendaciones derivadas de la ortodoxia, no contaba todavía con el instrumental teórico que le permitiera fundamentar un enfoque diferente de políticas públicas.

La gran depresión de los años 30 y las formas de encararla que observó en distintos países, especialmente en los Estados Unidos bajo el gobierno del presidente Roosevelt, fueron las circunstancias que le permitieron plasmar un nuevo enfoque de política económica y fundamentarlo sobre bases teóricas más sólidas. Si hubiera que señalar un sólo concepto central que lo aparta definitivamente del neo-clasicismo y que va a ser la base de su revolución teórica, es que frente a los desequilibrios, la economía no se ajusta automáticamente, por lo menos en plazos razonables. Esta presunción lo había llevado a escribir, años antes, su célebre frase de que "en el largo plazo todos estaremos muertos".

Puesto que no hay ajustes automáticos, una economía en estado de depresión puede quedarse ahí indefinidamente. El desempleo masivo y la pérdida de los niveles de ingresos no desaparecen espontáneamente. No me voy a extender a explicar los fundamentos teóricos de esta afirmación, ya que otros expositores de este pannel lo harán. Pero la conclusión para la política económica es clara: urge la intervención de la autoridad económica del Estado, para sacar a una economía de la depresión. Y la manera más directa y eficaz de hacerlo es a través de la expansión del gasto público, especialmente de la inversión pública. Hay que crear empleos y crear poder adquisitivo, aunque sea artificialmente. Lo esencial es sacar a la economía del pantano. Después, las políticas podrán corregirse y afinarse, pero en el medio de la depresión sólo el gobierno puede y debe tomar la iniciativa. En el lenguaje de la época, hay que "cebar la bomba".

El mensaje central de la Teoría General es que el desempleo masivo puede evitarse. Esto supone un uso activo de la política fiscal y la regulación de las tasas de interés. La ortodoxia económica sólo contribuye a perpetuar indefinidamente un estado de depresión. A pesar de ser un político liberal, Keynes está consciente de que sus recomendaciones conducen a un mayor intervencionismo estatal. Pero no teme explicitar las consecuencias de su enfoque. En sus "Notas Finales" a la Teoría General escribe.

"Concibo...que alguna forma comprehensiva de socialización de la inversión será el único medio de aproximarse a una situación de pleno empleo".

No significa esto que deje de creer en la eficacia del mercado. Se trata más bien de la idea de que estos dos mecanismos, Estado y mercado, deben utilizarse simultáneamente para enfrentar dos problemas distintos: el Estado y la inversión pública, para garantizar el uso pleno de los recursos, y el mercado, como mecanismo asignador de esos recursos entre las distintas actividades.

Por otra parte, el Estado también debe utilizar la política fiscal y tributaria para corregir desigualdades en la distribución del ingreso que a Keynes le parecen injustas e innecesarias desde el punto de vista económico. Se trata, en suma de un programa de economía mixta que busca alcanzar un compromiso entre los objetivos de eficiencia económica y de justicia social, todo ello en un marco de libertad individual.

Tan seguro estaba que su enfoque iba a trastocar completamente la teoría ortodoxa que en una carta a Bernard Shaw, le escribió en 1935:

"Creo estar escribiendo un libro de teoría económica que revolucionará -no de inmediato, pero en el curso de los próximos diez años-, el modo como el mundo piensa sobre los problemas económicos... No puedo esperar que Ud. o nadie crea esto en el momento actual. En cuanto a mí, no sólo tengo fe en lo que digo -sino que estoy completamente seguro".

Una vez más se manifiesta el profeta y el hombre seguro de sí mismo.

Keynes vivió justo diez años más a partir de la publicación de su Teoría General en 1936. Y como si hubiera podido adivinar el futuro, es precisamente a partir del término de la guerra cuando distintos gobiernos empiezan a aplicar en forma sistemática las políticas macroeconómicas keynesianas, de administración de la demanda y de búsqueda del pleno empleo. Esas políticas condujeron durante dos décadas, las de los años 50 y 60, a lo que muchos han denominado la "época dorada" del capitalismo, durante la cual se vivió un período de bonanza, de expansión y de pleno empleo que no tienen precedentes. En los años 60 la tasa de desempleo promedio para los países europeos occidentales fue de 1,5 por ciento, la más baja desde que existen registros. El promedio de los años 20 había sido de 3,3 por ciento y el de los 30, de 7,5 por ciento.

Por otra parte, la tasa de crecimiento real del ingreso per capita de Europa Occidental que fue de 1 por ciento anual en el período 1913-1950 aumentó a un 4 por ciento, en el período 1950-1970.

Si bien estos resultados no pueden ser atribuidos en su totalidad a las políticas keynesianas, lo cierto es que éstas fueron de indudable influencia en la capacidad de los gobiernos para reducir las fluctuaciones bruscas de la actividad económica y evitar el desperdicio de los recursos desocupados.

Existe la opinión, ampliamente divulgada en los últimos años, de que esas políticas de administración de la demanda bajo enfoques keynesianos han tenido una directa responsabilidad en el surgimiento de la inflación a escala mundial y las posteriores crisis de los años 70 y 80. En particular se ha atribuido a la creciente intervención del Estado en las economías la mayor parte de esa responsabilidad.

Aunque el problema es en extremo complejo como para ser tratado en forma superficial es conveniente quizás considerar rápidamente hasta qué punto puede atribuirse a Keynes el origen de estos desajustes. A menudo se ha criticado a Keynes una supuesta desapresión con respecto a la inflación. A nuestro entender, nada más lejos de la verdad.

Keynes fue extraordinariamente severo con respecto a los riesgos de la inflación, cuando ésta constituyó el principal peligro. Al término de la primera guerra mundial escribió:

"No hay manera más subrepticia y más segura de trastornar las bases existentes de la sociedad que desvalorizar la moneda".

Posteriormente, al comenzar la segunda guerra y después de haber escrito la Teoría General propone un ahorro forzoso a fin de que el aumento del gasto militar no se traduzca en inflación descontrolada. Ese ahorro forzoso podría realizarse a través del pago de una parte de los sueldos y salarios en bonos del gobierno, los

cuales serían rescatables al término de la guerra.

Lo que ocurre es que entre el peligro de que la economía se mantenga por largo tiempo en una depresión y en el desempleo masivo y el riesgo de algún aumento de los precios, no vacila en la opción por expandir el gasto y el nivel del empleo. Otra cosa deberá hacerse cuando la economía recobre la normalidad.

Mirando el futuro del capitalismo bajo un sistema de economía mixta, Keynes es extraordinariamente optimista. En un ensayo escrito en 1930, titulado "Posibilidades económicas para nuestros nietos", sueña con un mundo de abundancia y en el cual el hombre podrá dedicarse a los fines superiores del espíritu y de la cultura. Cree firmemente que en el largo plazo y con un ritmo sostenido de crecimiento la escasez tenderá a desaparecer.

Una gran capacidad productiva acumulada debería permitir la satisfacción de las necesidades fundamentales de todos. Esto permitiría iniciar una fase histórica en que los hombres podrían dedicar sus energías en forma creciente a los bienes de la cultura, disminuyendo en consecuencia la presión por el uso de los recursos materiales existentes.

Podemos ver aquí una anticipación de movimientos contemporáneos que propician el cambio de los actuales estilos de vida consumistas, como una forma de detener la destrucción de la naturaleza y la civilización misma.

Pero, sin duda, aquí Keynes razona más en términos de su filosofía de la vida que de la evolución probable del desarrollo de la humanidad. De hecho, reconoce dos condiciones esenciales para que ocurra efectivamente esa tendencia; ellas son el término de las guerras y una distribución justa de los bienes. Las guerras no sólo destruyen los bienes existentes sino que absorben improductivamente vastos recursos. Las desigualdades extremas en la distribución imponen exigencias mayores de uso de los recursos de capital que lo que sería necesario.

Medio siglo después que Keynes formulara estas ideas, la historia nuevamente le da la razón en cuanto el armamentismo desenfrenado y la sociedad de consumo con todo sus despilfarros han generado una presión insostenible sobre los recursos humanos y materiales de la humanidad, haciendo muy difícil el logro de los objetivos de justicia social y de eficiencia. Estas eran condiciones, en la visión de Keynes, para que las economías mixtas con pleno empleo evitaran los desequilibrios sociales y políticos, y las amenazas a la libertad individual, que tanto valoró.

No cabe duda que estas condiciones y las recomendaciones prácticas que las apoyaron siguen teniendo hoy día más vigencia que nunca.

ALGUNOS ELEMENTOS CENTRALES DE LA REVOLUCION TEORICA KEYNESIANA

Patricio Meller

I. INTRODUCCION

Adam Smith es el economista más importante del siglo XVIII. En el siglo XIX no se puede nombrar a una sola persona; hay que nombrar a 3: David Ricardo, Alfred Marshall y León Walras. En cambio, el economista del siglo XX es Keynes; más aún, si hubiera que nombrar 5 economistas de este siglo, Keynes ocuparía el primer lugar de la lista y los 4 lugares restantes quedarían vacíos. Tal es la distancia que hay entre Keynes y el resto de los economistas de este siglo. ¿A qué se debe ésto? Pues simplemente, Keynes ha provocado una verdadera revolución teórica y metodológica en Economía.

¿Por qué se habla de revolución keynesiana? ¿Cuándo se habla de que ha habido una revolución teórica en la Economía, o en las Ciencias Sociales en general?

Se habla de revolución teórica en las Ciencias Sociales, cuando se cambian las preguntas básicas que se hace la Ciencia en cuestión. Esto implica un cambio en lo que se observa y en lo que se quiere explicar de la Realidad. Esto se traduce la mayor parte de las veces en un cambio fundamental en la metodología de análisis de esa Realidad.

Y eso es justamente lo que hizo Keynes. Cambió las preguntas básicas, cambió las prioridades, cambió la metodología y en consecuencia cambió la manera de analizar y de pensar, y por último, modificó sustancialmente el tipo de soluciones de los distintos problemas económicos.

Una visión global al impacto de Keynes sería la siguiente. Desde Adam Smith, siglo XVIII, hasta la década del 30 de este siglo, la Economía era una disciplina en la que predominaba básicamente el análisis microeconómico; i.e., la Economía era Microeconomía, y el análisis económico era análisis microeconómico. La Economía se definía como la Ciencia Social que estudia la asignación de recursos escasos entre fines alternativos. O sea, la asignación de los recursos escasos o su dual, que es la teoría de la determinación de los precios- constituían el problema central de la Economía.

Pues bien, Keynes inventa la Macroeconomía y desplaza el foco de atención de la Economía de la Microeconomía a la Macroeconomía.

Keynes plantea que el problema central a investigar en Economía no es cómo asignar un volumen dado de recursos, sino que el problema básico es explicar qué es lo que determina el nivel de ese volumen de recursos. Vale decir, el problema central no es cómo asignar una fuerza laboral de 4.000.000 de trabajadores entre distintas actividades económicas, sino por qué de una fuerza laboral

de 4.000.000 de trabajadores hay un millón que no tiene trabajo, y qué es lo que habría que hacer para eliminar ese nivel de desocupación. Este es el problema central.

II. EL IMPACTO TEORICO-METODOLOGICO DE KEYNES

I. INTRODUCCION

Se van a señalar tan sólo 2 aspectos: (1) El rol del mecanismo de mercados y (2) el rol del dinero.

1. El rol del mecanismo de mercados

Para poder captar mejor el impacto teórico de Keynes, veamos rápidamente qué es lo que se creía previamente.

Desde Adam Smith, hace más de 200 años atrás, los economistas han repetido mecánicamente que el sistema de mercados competitivos es el mecanismo más eficiente de asignación de recursos. Los precios resultantes de dicho sistema, no sólo son el invento más genial del Universo sino que además poseen la virtud de maximizar simultáneamente el bienestar individual y colectivo de la Sociedad. Tanto habían repetido los economistas esto, que habían olvidado cuál era la pregunta que originó esa respuesta.

La pregunta original de Adam Smith era la siguiente: En una economía descentralizada, que usa el sistema de mercados como mecanismo asignador de recursos, ¿cómo se compatibilizan las acciones de miles de agentes económicos en que cada uno toma sus decisiones de manera totalmente autónoma?, i.e., ¿por qué no se produce el caos? ¿Es compatible el equilibrio de un mercado en particular con el equilibrio de los otros mercados?, ¿el equilibrio del mercado de bienes es necesariamente consistente con el equilibrio del mercado de factores? ¿Cómo se logra el equilibrio simultáneo en todos los mercados de la economía? ¿Garantiza el mecanismo de mercados la convergencia hacia una solución de equilibrio general? Si sí, ¿es ésta solución única, y si es única, ¿es estable?

Este tipo de preguntas no tiene un interés puramente teórico. El objetivo central sería explicar si el sistema de mercados - con empresas privadas y sin intervención del Estado - conduce a la economía hacia una solución única y estable de equilibrio general.

Es realmente Walras quien da respuesta a estas preguntas de Adam Smith, 100 años más tarde, i.e., a fines del siglo XIX. Para ello, Walras elabora el llamado Modelo de Equilibrio General, cuya solución proporciona los precios de equilibrio, que supuestamente garantizan la estabilidad y la optimalidad de una economía de mercados.

¿Cómo se obtienen los precios de equilibrio? Walras supone un modelo perfectamente competitivo en que todos los agentes económicos son tomadores de precios en todos los mercados. En cada mercado habría una especie de remate al mejor postor entre compradores y vendedores, y en que una especie de Marti-

llero Walrasiano determinaría los precios de equilibrio. Este Martillero Walrasiano genera y disemina la información necesaria y suficiente para lograr la coordinación en todas las actividades económicas. Una vez que se alcanza el equilibrio en todos los mercados, la economía funciona en esa posición de equilibrio general.

En síntesis, la característica central de la Teoría Económica pre-Keynesiana es que analiza el comportamiento de una economía en equilibrio. Una economía que está fuera del equilibrio va a tender a irse hacia el equilibrio y es bueno para la economía que opere en la posición del equilibrio. En otras palabras, el análisis económico es exclusivamente el análisis del equilibrio. Keynes refuta completamente este tipo de análisis y la objeción que le hace es la siguiente:

El modelo de equilibrio general analiza el equilibrio de un sistema que ya está en equilibrio. Luego, al hacer ésto, se confunde el problema de la estabilidad de la solución final de equilibrio con lo que sucede con la economía en su trayectoria hacia el equilibrio; es fundamental la distinción entre la estabilidad del equilibrio y la estabilidad en la trayectoria hacia el equilibrio. Vale decir, las fuerzas que actúan y hacen que el equilibrio sea estable, no tienen por qué ser las mismas fuerzas que producen la estabilidad en una de las trayectorias que va hacia el equilibrio. Una analogía gráfica de este problema lo proporciona el juego de golf; cuando la pelotita de golf cae en un agujero alcanza una posición de equilibrio estable, pero una pelotita de golf que está en el pasto no tiene una tendencia natural, para irse al agujero... a menos que le pegue un buen golfista.

El problema central que tiene el modelo de equilibrio general es que no sirve para explicar la causa de los desequilibrios de magnitud considerable y persistente que se observa en el Mundo Real. Los problemas económicos concretos del Mundo Real están asociados a situaciones de desequilibrio y no a situaciones de equilibrio. Lo que se requiere es saber qué hay que hacer para resolver el problema del desequilibrio en el mercado del trabajo; se quiere saber qué hay que hacer para resolver el problema del desequilibrio en el sector externo, el problema del desequilibrio del sector fiscal, etc. Usar modelos de equilibrio para analizar situaciones de desequilibrio puede llevar a conclusiones totalmente erróneas.

Para analizar una situación de desequilibrio, Keynes sugiere el uso de modelos de desequilibrio. Veamos brevemente un razonamiento analítico de desequilibrio. Supongamos que en un momento dado en una economía las empresas no pueden vender todo lo que desean; esto implica que acumulan stocks. Luego, como las empresas venden menos de lo que producen, van a reducir la producción. Una menor producción requiere de menor empleo, y en consecuencia, van a despedir a trabajadores lo que implica un incremento de la desocupación. La demanda por bienes de las personas depende del ingreso que tienen, y para más del 90% de la gente, el ingreso proveniente del trabajo es su única fuente de ingreso. En consecuencia, el resultado de este aumento de la desocupación va a generar una disminución de la demanda por los bienes de las empresas lo que se traduce nuevamente en un menor nivel de ventas y menor nivel de producción y así sucesiva-

mente se genera un mayor nivel de desocupación.

Este tipo de análisis de desequilibrio revela dos cosas diferentes:

(i) Cuando la economía entra en una fase de desequilibrio, a través de un fenómeno multiplicador, el desequilibrio inicial se incrementa en vez de disminuir. En otras palabras, no existe una tendencia natural de una economía en desequilibrio a irse hacia el equilibrio, sino que lo que se observa, es un incremento del desequilibrio inicial.

(ii) Los desocupados poseen una demanda potencial de bienes que no se materializa en el mercado, y en consecuencia, las empresas no pueden percibir la existencia de dicha demanda potencial. Esto hace que las empresas no estén dispuestas a expandir la producción hasta absorber el exceso de oferta de trabajo que hay en la economía. Es así como coexisten trabajadores desocupados y capacidad instalada ociosa. Las decisiones de producción de las empresas se basan en las demandas efectivas y no en las potenciales, y es por ello que es posible la existencia de un déficit de demanda agregada, lo cual genera desempleo involuntario.

Lo que sucede en este caso es que se produce una falla en el sistema de coordinación e información de una economía de mercado, lo que produce una paralización del proceso productivo. Las empresas no reciben señales del mercado de cuanto podrían vender si expandieran la producción hasta que todos los trabajadores estuvieran ocupados, y no reciben dichas señales, simplemente porque los cesantes no pueden emitir señal alguna ya que no tienen ingreso para hacerlo.

En este tipo de situaciones, Keynes argumentaba que la acción colectiva se hace indispensable para llevar la economía de vuelta al equilibrio, y maximizar así el bienestar de los trabajadores, de las empresas y en consecuencia, de la sociedad en general.

En síntesis, Keynes invierte esa creencia básica de la economía neoclásica que viene desde Adam Smith y que plantea que la búsqueda individual de cada agente económico de su máximo bienestar personal conduce a la Sociedad al máximo bienestar colectivo.

En su llamado requiem para el laissez faire, Keynes plantea que "no es efectivo que no exista conflicto entre la maximización del interés individual y la maximización del interés colectivo". "No es verdad que en sus decisiones económicas los individuos poseen una completa libertad natural para actuar". "No es efectivo que el Mundo esté gobernado desde las Alturas de manera que siempre haga coincidir los intereses privados y sociales". "No es correcto inferir del análisis económico que los intereses privados siempre operan en la dirección de aumentar el beneficio público". "Ni tampoco es tan cierto que los agentes económicos estén generalmente tan iluminados cuando tratan de maximizar su bene-

ficio privado; muy a menudo, los agentes económicos que tratan de maximizar su beneficio privado, o bien son muy ignorantes o bien son incapaces de lograr la posición óptima individual". "Por último, la experiencia ha demostrado que cuando los seres humanos actúan en grupo, tienen siempre más visión que cuando actúan separadamente".

2. El rol del dinero en el análisis económico

Existe una impresión completamente errada sobre lo que realmente Keynes estimaba que era el rol que jugaba el dinero en la economía. Nada es más errado que sostener que según Keynes, el dinero no juega ningún rol. Por el contrario, Keynes modifica totalmente la visión que se tenía sobre el dinero, y es prácticamente el creador de la teoría monetaria moderna.

Veamos a este respecto qué es lo que creían los economistas pre-keynesianos, y cómo Keynes modificó esta manera de pensar.

En términos muy esquemáticos podría decirse que la enseñanza de Economía en el período pre-keynesiano estaba dividida en 2 partes: i) Una parte correspondía a la llamada parte real, o teoría de los precios relativos, o lo que sería la actual teoría microeconómica. ii) Una segunda parte, muy corta, correspondía a la parte monetaria en la cual se enseñaba exclusivamente la teoría cuantitativa del dinero; esta teoría explicaba la determinación del nivel general de precios, lo cual es vital para obtener los precios monetarios de bienes y factores. El mensaje central de esta teoría monetaria era que el único rol que jugaba el dinero era en la determinación del nivel de precios.

Esta manera de ver las cosas por parte de los economistas pre-keynesianos, corresponde a la concepción de aquel entonces de que existiría una dicotomía entre los fenómenos reales y los fenómenos monetarios. Una proposición central de esta dicotomía es aquella que dice que "el dinero es un velo"; esto implica que este velo tiene que ser removido para poder observar y entender el funcionamiento de la parte real de la economía. La parte real de la economía está representada por las funciones de oferta y demanda de bienes y factores, las cuales son sólo funciones de precios relativos; son funciones que no dependen del dinero. Luego, el dinero es completamente neutral y no puede afectar a la parte real de la economía; o sea, hay una dicotomía entre los fenómenos monetarios y los fenómenos reales. Los fenómenos reales sólo dependen de variables reales y los fenómenos monetarios sólo dependen de variables monetarias.

Keynes cuestiona el análisis del rol del dinero que hace la teoría económica pre-keynesiana. Según Keynes, en dicha teoría no se hace ninguna distinción entre la forma sobre cómo funciona una economía de trueque y cómo funciona una economía monetaria. En otras palabras, la economía pre-keynesiana es el análisis de una economía de trueque. ¿Cuán diferente es el funcionamiento de una economía monetaria con respecto a una economía de trueque? ¿Cambia o no cambia el análisis económico al introducir dinero en una economía de trueque? La

crítica de Keynes al análisis económico pre-keynesiano es que éste ignora totalmente el rol central que juega el dinero en una economía monetaria; en efecto, en los modelos pre-keynesianos el único rol que cumple el dinero es el de medio de pago que facilita las transacciones económicas. En el análisis económico pre-keynesiano no se usa conceptualmente el dinero como medio de valor y de allí que Keynes (1936) pregunte: "¿por qué no son sólo los locos los que usan el dinero que depósito de valor cuando existen activos financieros alternativos que pagan una tasa de interés positiva?". Esto es, porque hay gente que prefiere guardar dinero bajo el colchón no ganando interés alguno, en vez de poner ese dinero en un Fondo Mutuo que le va a pagar un interés positivo. Hoy en día, la respuesta parece trivial pero ésta era una pregunta que no tenía respuesta en la teoría económica pre-keynesiana.

Keynes prueba que una economía monetaria funciona de manera totalmente diferente a una economía de trueque; la consecuencia es que el dinero no es un velo, y por lo tanto existe una interacción entre los fenómenos monetarios y los fenómenos reales (al menos en el corto plazo).

En realidad, los economistas pre-keynesianos tenían una seria inconsistencia en su manera de pensar. A nivel macroeconómico estaban conscientes de que un incremento en la cantidad de dinero implica un aumento en el nivel agregado de gastos de la economía; pero a nivel microeconómico planteaban que las cantidades demandadas y ofrecidas de bienes eran sólo función de precios relativos. Entonces, ¿cómo es que un incremento en la cantidad de dinero se traduce en un aumento en el nivel de gastos de los agentes económicos si éstos poseen funciones de comportamiento que son independientes con respecto al dinero?

Keynes (1936) es el primer economista que muestra cómo variaciones de dinero implican variaciones en las variables reales; la tasa de interés es el mecanismo de conexión. Hoy en día el modelo tradicional macroeconómico de la IS-LM muestra de manera muy compacta la interacción existente entre los fenómenos reales y los fenómenos monetarios.

En síntesis, esta discusión sobre la existencia o inexistencia de una dicotomía entre fenómenos reales y fenómenos monetarios fue zanjada aceptando la existencia de la interacción entre ambos tipos de fenómenos.

Veamos brevemente cuál es la implicancia de esta discusión sobre la existencia o inexistencia de interrelación entre los fenómenos reales y los fenómenos monetarios.

Cuando los economistas pre-keynesianos sostienen que existe una dicotomía entre los fenómenos reales y monetarios, la inferencia que sacan es la siguiente: i) El dinero no sirve para resolver problemas reales, y en particular, para reducir la desocupación. ii) La inflación es un fenómeno exclusivamente monetario, y en consecuencia, para resolver el problema de la inflación, basta con controlar la cantidad de dinero.

Keynes plantea explícitamente que no existe la tal dicotomía y por el contrario, hay interacción entre los fenómenos reales y monetarios. La implicancia de esto es que: i) La reducción de la inflación tiene costos reales, lo que a veces puede implicar que el remedio sea peor que la enfermedad. ii) La inflación no es solamente un fenómeno monetario; la cantidad de dinero tiene una incidencia importante en la inflación, pero es tan sólo 1 de 8 variables macroeconómicas que intervienen en el problema de la inflación.

En realidad, pareciera haber un comportamiento esquizofrénico de parte de los economistas monetaristas pre-keynesianos y monetaristas modernos. Por una parte plantean que la inflación es un fenómeno exclusivamente monetario y super-neutral, i.e. no tiene ningún impacto sobre los fenómenos reales. Por otra parte plantean que la inflación es el problema más grave que afecta a la economía. En realidad, ¿cómo se compatibilizan estas dos posturas?

III. ELEMENTOS KEYNESIANOS SOBRE COMO ENFRENTAR UNA RECESION ECONOMICA

Keynes escribe la Teoría General durante la peor recesión económica conocida en los países industrializados.

Una recesión económica profunda produce la paradoja de co-existencia simultánea de personas cesantes que no pueden comprar cosas con un sobre-stock de bienes. O sea, se da la contradicción de individuos que tienen un subconsumo de bienes, mientras las empresas poseen un sobre-stock de bienes que no tienen a quien vender.

Por otra parte, también coexisten trabajadores cesantes y maquinaria paralizada. Los cesantes buscan empleo y no encuentran; están dispuestos a trabajar a un nivel de remuneraciones menor que el que le corresponde a su nivel de calificación, pero en la economía no hay empleo. Eso es lo que Keynes llama "desempleo involuntario" en que los cesantes quieren trabajar y no encuentran dónde. El resultado del desempleo involuntario es el subconsumo.

La actitud de los economistas pre-keynesianos frente a la Gran Depresión fue o bien ignorar el fenómeno, o bien, no hacer nada. Veamos la lógica de esta actitud.

La Gran Depresión del año 1929 produjo un nivel de desocupación que simplemente no estaba dentro de los fenómenos que eran factibles de ocurrir según la teoría económica vigente hasta esa época. "Ese nivel de desocupación que se produjo, se decía que era absurdo, imposible, irracional y paradójico; no podía existir". Estaba mal medido. Sin embargo, estaba allí, en el Mundo Real, y como persistió durante largo tiempo no pudo ser ignorado.

¿Cuál fué entonces la solución que sugirieron los economistas pre-keynesianos? Pues, "que lo mejor que se podía hacer, era no hacer nada" por cuanto lo que iba

a resolver todos los problemas económicos de la recesión sería el mecanismo de precios. En consecuencia, había que esperar que el mecanismo de precios actuara para resolver todos los desajustes que la recesión estaba ocasionando. Como muy bien señaló Galbraith, "esa fue una época en que el dogma prevaleció por sobre la razón", y agudizó los problemas económicos existentes.

Keynes plantea que el remedio a la recesión sugerido por los economistas pre-keynesianos, agrava la enfermedad. Se está esperando que la solución venga a través del mecanismo de precios, en circunstancias que éste está trabado y no emite las señales adecuadas.

Keynes señalaba que si se está ante una recesión tan grave, lo primero que hay que hacer es reactivar la economía en el corto plazo, para evitar que se siga acentuando la recesión. Y para dicha reactivación hay que usar cualquier medida económica que cumpla dicho propósito, despreocupándose de los posibles efectos distorsionadores de largo plazo. El problema central en una recesión es cómo reactivar en el corto plazo, y es totalmente irrelevante la discusión sobre las distorsiones que ocasionan las medidas en el largo plazo. Mal que mal decía Keynes, "en el largo plazo vamos a estar todos muertos".

Por otra parte, dadas las expectativas negativas prevalecientes en una recesión, el sector privado no va a invertir en el corto plazo y no va a ser el motor de la reactivación. Es por ello que Keynes plantea que es el Estado el agente económico responsable de la reactivación económica por cuanto el Estado está presente hoy y va a tener que estar mañana.

Todo esto lo dijo Keynes hace unos 50 años atrás. Quienes no han querido aprender de la Historia y del avance de la Ciencia Económica, están condenados a repetir los mismos errores que los economistas pre-keynesianos.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICAS

- GALBRAITH, J.K. (1961), The great crash, 1929, Houghton Mifflin Co., Boston.
- HEILBRONER, R.L. (1972), The worldly philosophers, Simon & Schuster, Nueva York.
- KEYNES, J.M. (1931), Essays in persuasion, Vol. IX, Cambridge Univ. Press para la Royal Economic Society, Londres.
- ----- (1931), Rethinking employment and unemployment policies, Vol. XX, Cambridge Univ. Press para la Royal Economic Society, Londres.
- ----- (1936), The general theory, MacMillan, Londres.
- LEIJONHUFVUD, A. (1968), On keynesian economics and the economics of Keynes, Oxford Univ. Press, Londres.
- ----- (1970), "Two lectures on Keynes", Occasional Papers N° 30, The Institute of Economic Affairs, Londres.
- ROBINSON, J. (1962), Economic Philosophy, Aldine Publ. Co., Chicago.

KEYNES, KEYNESIANOS Y POST-KEYNESIANOS

Jorge Leiva Lavalle.

Las ideas económicas inspiradas en las obras de Keynes han ido perdiendo influencia en nuestro país durante los últimos diez años. Son ideas contrarias a las de Keynes las que han inspirado la política económica y han recibido la atención casi exclusiva de los medios de comunicación y de la docencia universitaria.

Ello sólo se explica por el régimen político, social y cultural que nos ha sido impuesto por la fuerza durante este período. En efecto, intereses y concepciones que nada tienen que ver con la validez e importancia científica de las ideas de Keynes y de las corrientes keynesianas y post-keynesianas han impulsado su silenciamiento, al amparo de un régimen de excepción que ha trabado tan hondamente el libre juego de las ideas.

Afirmo esto porque el justo reconocimiento general de Keynes como el economista más eminente de este siglo, no sólo se debe a lo que significó para la teoría y política económicas de los años treinta a sesentas. Además, sus ideas son hasta hoy día una riquísima fuente de renovación teórica ante los nuevos desafíos que enfrenta la ciencia económica en la actualidad. Sobre Sobre ambos aspectos (su significación en aquellas décadas y su influencia en los últimos años) quisiera hacer algunos comentarios necesariamente esquemáticos en un espacio tan corto.

El triunfo del keynesianismo.

La publicación de la "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero", en enero de 1936, causó un fuerte impacto en los medios académicos ingleses. La ortodoxia económica neoclásica había fracasado ante el desafío de dar una explicación adecuada a la Gran Depresión con que se había iniciado la década de los años 30, muchas de cuyas manifestaciones perdurarían hasta comenzada la Segunda Guerra Mundial. Keynes, que ya había criticado desde diferentes ángulos tal ortodoxia, hacía ahora un ataque frontal a sus suspuestos teóricos, proponiendo además nuevas categorías que permitían replan tearse los problemas fundamentales del momento.

No era fácil que una proposición de tan vastos alcances fuera asimilada y valorada en todas sus implicaciones en un corto período. Aquellos aspectos capaces de inspirar la política económica fueron los primeros en ser recogidos.

No es extraño, pues las ideas de la "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero" replantearon toda la discusión sobre las políticas adecuadas frente a la Depresión. Y pronto vino el desafío de la guerra. El propio Keynes contribuiría a hacer triunfar sus ideas en la política económica con que Inglaterra enfrentó la guerra. Los tres artículos que publicó en "The Ti

mos" en noviembre de 1939 (y que luego se publicaron bajo el título de "Cómo Pagar la Guerra") fueron escuchados por el gobierno y luego Churchill lo nombraría como uno de sus dos principales consejeros económicos. La post-guerra planteó el desafío de evitar que surgiera nuevamente el paro en los países que habían estado en conflicto. Las ideas keynesianas ya se habían extendido entre los expertos en cuestiones de política económica de los países beligerantes y nuevamente probaron ser eficaces.

En los veinte años que siguieron al triunfo de los aliados, las ideas de Keynes recibieron la entusiasta adhesión de académicos y políticos. En cierta medida, llegó a constituirse en una nueva ortodoxia. Sin embargo, coexistía con la antigua ortodoxia neoclásica. Fueron innumerables los esfuerzos por combinarlas, siguiendo el temprano ejemplo de Hicks quien contruyera la curva IS-LM en septiembre de 1936. Pero, a menudo tales esfuerzos desvirtuaron aspectos básicos del pensamiento de Keynes.

El entusiasmo que despertara el tipo de keynesianismo más comunmente extendido en los años 40 y 50 era lógico. Era una interpretación fiscalista que recogía de Keynes un conjunto de categorías que les permitía concebir la economía como un sistema en que los flujos globales de ingreso, producción y gasto guardaban relaciones estables. De esta manera, el gobierno podía influenciar esos flujos a través del presupuesto fiscal, para alcanzar metas de política económica respecto a su nivel global, aunque no de su composición. Aquí radicaba el gran atractivo de esta concepción. El desempleo y la depresión podían ser combatidos por el Gobierno Central y no había que aceptarlas pasivamente. Dentro del propio sistema capitalista, estas calamidades estaban sometidas a la voluntad de los hombres.

Por otra parte, durante los veinte años de triunfo indiscutido del keynesianismo (al menos en las políticas públicas), las economías capitalistas mostraron un crecimiento sin precedentes en la historia, mientras los ciclos económicos se convertían en fluctuaciones leves y temporales.

El keynesianismo en problemas y la renovación teórica.

Pero hacia mediados de los años 60 comenzó a cumplirse la profecía de Kalecki; el gran economista polaco que trabajando independientemente de Keynes llegó en 1933 a conclusiones similares a las que éste expondría en la Teoría General... (curiosamente, partiendo de las ideas económicas de Marx, que Keynes había en contrado tan abstrusas y aburridas). En 1943, Kalecki predijo que el conocimiento de las causas del ciclo económico y las depresiones induciría a los gobiernos a impulsar políticas de pleno empleo por medio del déficit fiscal. Al alcanzar el pleno empleo, los precios empezaban a aumentar y se fortalecería la posición negociadora de los trabajadores. "En estas condiciones, concluía Kalecki, es probable que los grandes negocios y los rentistas formen un sólido bloque y encuentren más de un economista que declare que la situación es manifiestamente insana".

Hacia fines de los años 60 aparecieron, efectivamente muchos economistas que se escandalizaron ante los fenómenos de estanflación. Tales economistas no encontraron en el fiscalismo keynesiano instrumentos para atacarla y rápidamente dieron por cerrada la era keynesiana volviendo a refugiarse en la ortodoxia neoclásica.

Sin embargo, los problemas encontrados por el fiscalismo keynesiano habrían de provocar también, en muchos medios académicos, otra reacción mucho más positiva: el interés por el tipo de teoría que suponía el fiscalismo en contraste con los planteamientos originales de Keynes. El debate teórico en torno a estos últimos y los desarrollos que en este plano habían hecho desde hacía años quienes acogieron con mayor creatividad sus trabajos, revivió con gran vigor. Los trabajos de J. Robinson, N. Kaldor, R. Harrod, del ya mencionado Kelecki, incluso los de Sraffa, pasaron al primer plano.

La corriente post-keynesiana.

Surgió así lo que se ha dado en llamar la corriente post-keynesiana de pensamiento económico; sin duda, una de las más fructíferas, penetrantes y renovadoras en el desarrollo de la teoría económica en los últimos quince años. Los trabajos, que podríamos calificar de fundacionales, de G.L. Shackle, S. Weintraub, A. Leijonhufvud, A. Coddington y otros produjeron un impulso que se ha potenciado desde 1978 con la publicación del "Journal of Post Keynesian Economics".

Muchos de los planteamientos críticos de Keynes respecto al funcionamiento de economías modernas, tecnológicamente avanzadas y con sofisticados mercados de capitales han sido puestos de relieve después de treinta años de olvido. Son muchas las direcciones en que los nuevos desarrollos teóricos han avanzado a partir de tales planteamientos. Eichner y Kregel (*) han sostenido que estamos en presencia de un nuevo paradigma en teoría económica, el cual constituye una alternativa positiva y comprehensiva al pensamiento neoclásico, nuevamente predominante.

De acuerdo a estos autores, los temas más distintivos en el debate teórico de la corriente post-keynesiana son los siguientes:

- a) Dinámica y crecimiento: La historia y el tiempo real tienen una influencia en la evolución de los sistemas económicos que ningún análisis estático (tan típico de los neoclásicos) puede captar.
- b) Efectos distributivos: la distribución del ingreso es parte integral de la explicación del comportamiento de la actividad económica y sus principales componentes. No puede ignorarse ni considerarse una simple derivación de la na-

(*) A. Eichner y J. Kregel, "An essay on Post-Keynesian theory: a new paradigm in Economics" (Journal of Economic Literature; December 1975).

turaliza tecnológica del proceso de producción.

- c) Características centrales de los sistemas económicos modernos: Entre ellas cobra especial importancia el análisis de los aspectos reales y monetarios de los flujos macroeconómicos; la distinción entre componentes discrecionales y no discrecionales en el producto y el ingreso nacional; y la importancia de la inversión para determinar el nivel de actividad económica.
- d) Las bases microeconómicas: El análisis de la determinación de los precios y los salarios trata de acercarse, en los post-keynesianos al comportamiento real y no a modelos (competitivos o no) construidos a priori.

Contra el reduccionismo.

Cabe destacar muy especialmente la valoración que los post-keynesianos más rigurosos hacen del ataque frontal al reduccionismo teórico neoclásico que contiene la "Teoría General..." de Keynes.

Para estos teóricos, lo que Keynes tiene de refrescante es la ampliación del campo del análisis económico a los problemas relevantes que enfrenta la sociedad. Los neoclásicos habían reducido sus preocupaciones a aquellos problemas que podían manejar cómodamente con los instrumentos conceptuales construidos a partir de Walras y Marshall. Cuando los fenómenos reales escapaban al alcance de ese instrumental eran, por lo general, desconocidos o distorsionados para incluirlos en el análisis.

El reduccionismo teórico, característico en los neoclásicos, había restringido su atención casi exclusivamente a las situaciones de equilibrio en los mercados, analizándolas de una forma muy particular. Siguiendo a Coddington (*), podemos caracterizar esta forma de análisis por "la 'reducción' de los fenómenos del mercado a decisiones individuales (depuradas)". Un agente representativo (consumidor o productor) que actúa con objetivos estables y de acuerdo a restricciones bien definidas toma decisiones que lo llevan a posiciones óptimas inequívocas de equilibrio. El comportamiento artificial y estereotipado que se le atribuye a los agentes individuales permite fundamentar una teoría del mercado que define posiciones también inequívocas de equilibrio.

El análisis de Keynes sobre el proceso de toma de decisiones sobre inversión (el elemento clave de los sistemas económicos modernos en su interpretación) señala cómo los factores que la determinan escapan completamente a una aproximación conceptual de ese tipo. En efecto, su argumentación enfatiza que la inversión importa una apuesta a futuro. Un futuro sobre el cual hay muchos elementos impredecibles y que, en épocas de crisis, crean una incertidumbre profunda. Las expectativas se fundan normalmente en consideraciones poco seguras.

(*) A. Coddington, "Keynesian economics: the search for first principles" (Journal of Economic Literature, December 1976).

ras en las que influyen fuertemente las opiniones de otros y pueden variar rápidamente por temores o esperanzas que surgen de cualquier noticia o rumor suficientemente repetido (*). Frente al riesgo de la decisión de invertir en un activo productivo (dando empleo) se presenta la posibilidad de preferir la seguridad de un activo líquido.

Keynes integra a su análisis las realidades de la incertidumbre, la carencia de objetivos estables, la interdependencia de las decisiones de los agentes económicos. Nada más lejos del marco reduccionista. Además, integra esos elementos justamente en el campo de las decisiones de inversión las cuales determinan, en definitiva, el comportamiento de la actividad económica en su conjunto.

El reduccionismo entre nosotros.

Este reduccionismo ha sido, desgraciadamente, un rasgo distintivo del pensamiento neoclásico hasta hoy; incluyendo por cierto a los seguidores de la Escuela de Chicago.

Este reduccionismo es el que llevó a que en Chile se impusieran políticas que desconocían realidades decisivas de la economía chilena, cuando se previera la crisis económica cuando correspondía y que se la enfrentara con un enfoque que terminó por agudizarla dramáticamente.

El rigor anti-reduccionista contenido en la obra de Keynes ya fué inspirador de revisiones críticas y desarrollos teóricos muy fructíferos en América Latina, durante las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Esperemos que algo similar ocurra con la revalorización que los post-keynesianos de hoy han hecho de esta virtud del trabajo de Keynes.

Esperemos también que, en nuestro propio medio chileno, los aires que soplan refresquen nuestro debate intelectual, eliminando las trabas que existen a la influencia de corrientes teóricas renovadoras. Arrinconado el reduccionismo (que, en estos años, ha constreñido tantas mentes dedicadas a la economía), estaremos en mejores condiciones para enfrentar los desafíos teóricos y políticos que nos plantea la reconstrucción de la economía chilena.

(*) Algunas de las mejores páginas de Keynes están dedicadas a este tema. Véase, por ejemplo, el capítulo 12 de la "Teoría General..." y "La Teoría general del empleo" (Quarterly Journal of Economics, February 1937).

UNA NOTA SOBRE KEYNES Y EL KEYNESIANISMO EN CHILE

Aníbal Pinto.

Sobre advertir que sólo cabe aquí un bosquejo muy sumario del tema que me ha correspondido.

El punto de partida es la considerable influencia que ejercieron las ideas de Keynes en el medio chileno y latinoamericano, tanto en el plano académico como en el de la política económica.

Nada tiene ésto de sorprendente, tanto más cuanto nuestro medio -sea en el siglo pasado, sea en el actual- ha sido particularmente receptivo (por no decir "reproductivo") de las grandes corrientes de pensamiento generadas en y transmitidas desde los países centrales.

Antecedentes y precursores involuntarios.

Respecto a la experiencia chilena, no sería demasiado aventurado postular que en la polémica decimonónica entre librecambistas (bajo la batuta intelectual de Courcelle-Seneuil), y "oreros", de un lado, y "papeleros" y "nacionalistas" (inspirados en List), del otro, se anuncian ya los gérmenes substanciales de una controversia que ha proseguido hasta nuestros días ! y con fuerza renovada!, en la cual -ya en este siglo- Keynes es un protagonista fundamental. Más allá de los aspectos teóricos envueltos en la versión moderna de la polémica -a la cual se refieren otros participantes en esta reunión-, el nudo del prolongado conflicto reside, hoy como antaño, en la adscripción o el repudio al "laissez-faire"; a la pasividad o a la acción frente a la "mano invisible"; al favor del "Estado vigilante" (o espectador) o del Estado-participante y preocupado del bien común. Viejos y nuevos liberales (en lo económico) estaban por las primeras proposiciones. "Papeleros" y "nacionalistas" -a su modo y con la ingenuidad de su tiempo- estaban por las segundas. Keynes vendría a dar a estas últimas el sostén teórico décadas después. Si él fue adiccateado en su búsqueda intelectual por la insuficiencia de los niveles de ocupación y los altibajos irrefrenados de los ciclos; por estos lados, entre los heterodoxos, primaba la segunda preocupación y el elemento más general de discernir un potencial productivo que no era suficientemente aprovechado en el marco impuesto por el dogma liberal.

Pero hay brotes más próximos: son los que irrumpen con la gran depresión de los años 30. Aquí aparece una suerte de precursores del keynesianismo; que lo practica, curiosamente, sin conocerlo ni quererlo. Los encontramos en ciernes en la inmediata post-crisis y después en la segunda administración de Arturo Alessandri (1932-38). Para desarrollar esta hipótesis me permitiré reproducir algunas observaciones de un trabajo en curso sobre Estado y Gran Empresa en Chile:

"Es bien sabido que Chile fue uno de los países que se aferró más porfiadamente al fetiche del padrón de oro y la convertibilidad, tanto que lo abandonó después de su locus clásico: la Gran Bretaña. Así y todo, Ellsworth señala con excesiva benevolencia que "la tan temprana adopción del control de cambios en Chile impidió -afortunadamente para ese país- la persecución hasta sus lógicas conclusiones del mecanismo tradicional de ajuste externo a través de la filtración de divisas, contracción del crédito y declinio de precios e ingresos"1/. Huelga destacar la identidad con el "ajuste automático" patrocinado por la ortodoxia monetarista cincuenta años más tarde.

Sorteando los episodios que median entre aquél acontecimiento y el ascenso de la segunda administración de Arturo Alessandri (Diciembre de 1932), lo que interesa es que ella encontró establecidos los arbitrios típicos de ese tiempo para intervenir los flujos reales y financieros del tráfico exterior: alza de tarifas aduaneras, cuotas y permisos de importación, control de cambios, tasas múltiples de conversión, etc. Todo ésto aparte de múltiples expedientes de intervención sobre precios, empresas y otras áreas, que servirían a comienzos de los años 70 para fundamentar los llamados "resquicios legales".

Frente al gobierno de Alessandri -y particularmente a su poderoso Ministro de Hacienda, Gustavo Ross- se planteó, entonces, la disyuntiva entre obedecer sus presupuestos doctrinarios, de un acentuado liberalismo manchesteriano (como se decía en esos tiempos), o mantener y utilizar esa batería instrumental tan reñida con sus cánones.

Ross optó por la segunda opción, salvo en aspectos significativos, como el debilitamiento o el no ejercicio de los poderes respecto a fijación de precios y la gestión de las empresas. En suma, se mantuvo el complejo y variado armazón proteccionista (reforzándose, incluso, en materia de aranceles) "únicamente para reducir la presión externa",2/ a la vez que se relajó la interferencia estatal en los negocios privados.

Sin embargo, la verdad es que esa política económica fue más allá de tales márgenes, sin perder por ello su cuño conservador. Aunque es muy probable que Ross no hubiera sabido de Keynes o de los empeños anti-cíclicos en Suecia, lo cierto es que "a la Monsieur Jourdain",3/ practicó una suerte de keynesianismo larvado y anticipado (al igual que ocurrió, por lo demás, en varios países latinoamericanos y que contribuyó a extraer la actividad económica de su pozo depresivo, movilizandole los recursos en función del mercado interior. En el hecho, hacia 1935 ya se había logrado absorber el grueso de la cesantía de la contracción externa y en particular de la minería: el número de trabajadores buscando empleo bajó de un máximo de 129.000 en noviembre de 1932 a 8.000 a fines de aquél año 4/. Por su lado, distintas estimaciones dan cuenta de la recuperación in-

1/ P.T. Ellsworth, Chile, An Economy in Transition, MacMillan, 1945. Prefacio.

2/ P.T. Ellsworth, op. cit., página 161.

3/ Personaje de Molière que escribía en prosa sin saberlo.

4/ P.T. Ellsworth, op. cit., página 32.

dustrial, principal sector reanimador de la actividad económica y que, además, experimentó un decremento muy modesto aún en el peor momento de la crisis con respecto a los niveles del último quinquenio de los años 20. 1/

Aparte de la influencia de la coyuntura y las medidas respecto al sector externo sobre el comportamiento manufacturero, incidió en la evolución destacada la política fiscal y monetaria de Ross, reminiscente, como se dijo, de un keynesianismo conservador y con muchos rasgos anticipatorios de conductas que se repetirían en períodos siguientes, como habrá ocasión de verificar. Ellsworth destaca entre ellas los estímulos a la construcción privada, dirigidos especialmente -nótese bien- a fines residenciales. Cuando este elemento redujo su dinamismo alrededor de 1936, se complementó con un incremento relativamente modesto de las obras públicas (en 1937, año de su máxima expansión, sólo representó una quinta parte de la superficie construida) 2/. Las "condiciones favorables en el crédito, reflejadas en las tasas de interés considerablemente más bajas cargadas por los bancos comerciales" y la recuperación "parcial y retrasada" de los mercados de exportación hicieron el resto 3/.

El financiamiento público, por su lado, se robusteció al calor de la reactivación productiva, descansando primordialmente en la tributación de las importaciones (que compensó el virtual desaparecimiento de las cargas sobre la exportación, dominantes antes de la crisis), en los impuestos indirectos y en las entradas extraordinarias provenientes en lo principal del sistema de cambios diferenciales, sobre los que volveremos más adelante.

Keynesianismo en forma desde los años 40.

Parafraseando a Encina, podría decirse que en la década de los años 40 ya se percibe un keynesianismo "en forma", que se cristaliza tanto en el ámbito académico como en el de la política económica.

En este respecto -y para acortar camino- ese cambio está muy vinculado a dos personalidades relevantes, que mantienen estrecho contacto y que transitan en los dos escenarios: Flavio Levine y Guillermo del Pedregal. Si el primero fue indudablemente el pionero en el plano teórico y universitario, el segundo llegó a ser identificado por el medio con la filosofía y política de Keynes, sin olvidar, por cierto, que él también fue profesor de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile en la fase de transición "modernizadora" de ese plantel a principios de la década. A la vez, Levine pasó a ser uno de los principales técnicos de la Corfo.

1/ Sobre el asunto véase especialmente Oscar Muñoz, Crecimiento Industrial de Chile, op. cit., página 45, gráfico y cuadro II-2.1. También, P.T. Ellsworth, op. cit., cuadro 2.

2/ P.T. Ellsworth, op. cit., página 29.

3/ Id.

Esta hermandad de la disquisición teórica y la aplicación concreta -tan propia de Keynes, por lo de más- constituye uno de los rasgos más sobresalientes del fenómeno. El tiempo daba para ello; creaba la motivación necesaria. El encuentro del grupo de ingenieros (que había formulado y propuesto sin éxito el Plan Eléctrico en 1935) con el gobierno de Frente Popular que asciende en 1938, necesitaba una base conceptual más amplia que la aproximación tecnocrática. Y ella se la dieron la renovación keynesiana de la Escuela de Economía y su proyección en la Corfo, donde, además, se funden la investigación básica y el desarrollo y gestión de los grandes proyectos que continuaron y profundizaron los cambios estructurales iniciados (bajo presión externa) después de la gran crisis.

Se trata, sin duda, de una de las coyunturas más significativas y fascinantes en la historia económica-política de Chile. Desgraciadamente, está muy lejos de haber sido debidamente reconstituida y ni siquiera es medianamente conocida por las nuevas generaciones, lo que es un testimonio más de las deficiencias de la enseñanza de la historia en nuestro sistema educacional.

No corresponde a estas notas sumarias -ni lo podría hacer el autor- intentar llenar ese vacío. Sólo cabe llamar la atención sobre otros aspectos del asunto.

Si se quisiera dar una idea de la incidencia de los planteamientos keynesianos en el medio público chileno, difícilmente se encontraría un testimonio más expreso que la polémica que sostuvieron en Diciembre de 1944 dos personalidades de esa época: el ya nombrado Guillermo del Pedregal y el ex-ministro Gustavo Ross. 1/

Nótese bien el escenario de ese tiempo: ya se había materializado el "gran viraje" de la política económica post-1938 y su ejercicio en los próximos años habían tenido reflejos inmediatos: incrementos del gasto público, alzas de precios, presiones reivindicativas consiguientes.

Para Ross, la situación era "tan crítica y sin salida, que pido que nos unamos todos a fin de que marchemos juntos para salvar la República. La inflación, señores, es el peor de los males que puede caer sobre un país, porque amenaza destruir la estructura política y social y hasta las mismas libertades públicas" 2/. Así y todo, este extremo representante de una disposición conservadora se manifestaba contrario al remedio simplista de un "tratamiento shock", a la 1975: "La operación (dice) requiere algún tiempo, durante el cual seguirá subiendo el costo de la vida y bajando la moneda. Porque si la inflación es un temible mal, es aún mayor la deflación, que será necesario evitar a toda trance".

De todos modos, para Ross, el punto central de la cuestión residía en crecimiento de los gastos públicos y el déficit consiguiente, que se alimentaba con expansión

1/ Revista Economía y Finanzas, N° 98, diciembre 1944.

2/ Id., pág. 3.

monetaria. Para sostener su punto de vista recurre al testimonio de autores como F. Nitti, C.T. Eheberg, F. Flora, Baudain o estadistas como Gladstone, portavoces del pensamiento tradicional sobre la materia.

Del Pedregal, aparte de criticar el diagnóstico de la situación y justificar la política económica y social de los gobiernos frentistas, recurre al apoyo de otras autoridades. Y aquí aparece Keynes como fuente indisputable. Creemos que vale la pena reproducir algunos párrafos de esta parte final de la polémica:

"Y ahora, en los últimos minutos, me voy a referir a los diversos planos económicos que están en marcha en estos momentos en el mundo, sobre los cuales no he oído de parte del señor Ross la menor cita, ni la menor idea.

El señor Ross: Eso no está en el temario, señor.

El señor Del Pedregal: Debe estar en el temario cuando nos habló de las teorías clásicas y nos recordó a Gladstone. Sin embargo, no nos habló de lord Keynes ni nos ha dicho nada de otras políticas económicas, incluso la de Alemania, que alguna enseñanza han dejado. Tampoco nos ha dicho nada de lo que se ha hecho por Kassel en Suecia, ni de lo que está preconizando Hansen en los Estados Unidos" 1/

Después de reiterar que "El primer economista mundial en estos momentos es, sin duda alguna, Lord Keynes, profesor de la Universidad de Cambridge, Asesor del Banco de Inglaterra, Consejero del Premier Churchill"... reproduce varias citas claves de la Teoría General correspondientes a su crítica del laissez faire, el papel desempeñado por los economistas ortodoxos, la función de las inversiones y la deuda públicas, etc. Del Pedregal termina sentenciando:

"Creo que aunque se asombren algunos de mis oyentes, tenemos que entrar a un período de movilización de todos nuestros recursos mediante las medidas que ha citado, pero utilizando las capitalizaciones que con esa iniciativa se producen, para impulsar de una vez por todas la producción nacional, única forma de hacer desaparecer la miseria y el harapo del país. Sólo con presupuestos financiados no lo vamos a conseguir; vamos a conseguirlo con la movilización económica total del país." 2/

Unas reflexiones críticas

No sería propio silenciar algunas observaciones críticas sobre la asimilación y uso de los criterios keynesianos en las condiciones y en el debate político-económico de ese tiempo.

Desde luego -como lo hacía presente en su comentario sobre la polémica, don Da

1/ Id., pág. 34.

2/ Id., pág. 37.

riel Armanet, director de la revista que la publicó-, las orientaciones que se discutían tenían un significado distinto en las circunstancias que había tenido Keynes frente a su vista que en las que primaban en Chile en esos años de guerra mundial. No sólo se vivía una fase expansiva sino que el conflicto internacional (sumado a las políticas internas) alimentaba sostenidas presiones inflacionarias incluídas las restricciones del abastecimiento importado y la acumulación de divisas.

A lo anterior se superponía el hecho de que el raciocinio y prescripciones keynesianas servían también como una suerte de "legitimación" de expedientes con potencial inflacionario, como era el caso de las emisiones en favor del sector público. En cambio -seguramente por la precariedad de los balances políticos- había escaso énfasis y acciones en el sentido de elevar los ingresos tributarios. La Derecha tenía un poder suficiente para cerrar los caminos en esa dirección.

En otras palabras, no siempre resultó afortunada la "digestión" o reelaboración nacional de los nuevos enfoques. Lo cual, por cierto, no constituye ninguna novedad o excepción ni afecta el valor de la creación original.

Hegemonía, fecundación y desafío

Sean como fuere, hay poca duda de que la teoría y las orientaciones keynesianas continuaron dominando el ámbito académico y el sentido general de la política económica. Más aún, en el curso de los años 40 y la primera mitad de los 50 -aproximadamente- parecen haber sido el terreno en que se congeniaron y fecundaron recíprocamente con vertientes derivadas del marxismo y traducidas en el llamado estructuralismo latinoamericano. El locus básico de esta compenetración estuvo en la Cepal y desde allí fluyó hacia la región- y particularmente hacia Chile y los países del cono sur por razones bien conocidas.

Podría especularse que hacia fines de los años 50 esas corrientes comienzan a perder -sino influencia, por lo menos hegemonía. Pueden aducirse varias causas. Una de ellas de especial gravitación en Chile y otros países latinoamericanos- es el recrudecimiento de los desequilibrios inflacionarios, que adquieren elevada prioridad entre las urgencias de la política económica. De la mano con ellos, como resultado común, emerge la representación creciente del Fondo Monetario y de su aproximación monetarista en las políticas de estabilización. Lo particular de Chile es que en esos mismos años (1956-57) se instalan en el país dos corresponsales abiertos o latentes del FMI y su ideología: La Misión Klein-Saks y la Misión de la Universidad de Chicago que iba reorganizar y monopolizar la enseñanza de la economía en la Universidad Católica.

Esos elementos -y también una creciente contestación, más radicalizada, desde la Izquierda, contribuyen a abrir un nuevo período, cuya dramática proyección aún estamos sufriendo.

Bien sabemos que tal cosa (y su manifiesta reproducción en algunos países centrales) no han importado el ocaso del keynesianismo y menos aún han reducido la estatura del gran economista e intelectual inglés. Más aún, si podría sostenerse que sus orientaciones -efectivas, atribuidas o deformadas- de política económica encuentran un escenario considerablemente distinto del de su tiempo, su elaboración teórica continúa siendo un pedestal que lo sitúa bien por encima de los economistas de este siglo.